

D I A D E L A M A D R E

Hemos celebrado recientemente el Día de la Madre, tal como nos manda esa especie de calendario profano que, para cada día del año, propone un motivo a nuestra consideración, con la intención y la esperanza de que el mismo se convierta para todos en una invitación bien a la práctica del agradecimiento (Día de la Madre, primer domingo de mayo), o del reconocimiento (Día internacional de Nelson Mandela, 18 de julio), o de la solidaridad (Día Mundial contra la mutilación genital femenina, 6 de febrero), o del respeto (Día Mundial contra el abuso y maltrato de la vejez, 15 de junio). Etc.

El hecho es que ese Día de la Madre y su finalidad han sido tan bien asumidos por la sociedad que estoy seguro de que todos los hijos que pudieron hacerlo se desvivieron ese día en mostrar a sus madres, de la mejor manera posible, su amor y su agradecimiento, convirtiendo así la celebración del día en un derroche de sentimientos y gestos que culminarían, seguro, con la felicitación, el regalo y el beso.

Pero pasado ya el fulgor de la fiesta y desvanecido el incienso de la celebración bueno será bajar a la tierra, a lo real y cotidiano, a lo importante y a lo trivial, al cuerpo y al espíritu, que de todas esas cosas está hecha nuestra vida, y en ese inmenso campo podremos comprobar la labor que en su día ejercieron, o acaso están hoy ejerciendo, nuestras madres.

Y así, a pie de obra, podremos verlas, recordarlas o imaginarlas, rodeadas de platos, sartenes y ollas, preparando con esmero la mesa. Esa su mesa, de la que tantos días y tantas veces hemos disfrutado, sin que nos hayamos acordado alguna vez de agradecersele. O, lo que sería aún peor, incluso alguien se atrevió a reprocharle algo tan trivial como no haber llegado o haberse pasado con la sal. ¿O acaso son la escoba y la

fregona los objetos que más nos recuerdan la figura de nuestra madre, yendo y viniendo por salones, pasillos y rincones de la casa, obsesionada por el orden y la limpieza? Con toda seguridad, sí recordamos la ropa limpia y planchada con la que nos hemos podido vestir durante tantos años. No estoy tan seguro de que, cada día y antes de acostarnos, nos hayamos parado a pensar en quien con cuidado y cariño preparó esa cama en la que, cada noche, nos disponemos a descansar.

Todo esto debería ser suficiente para que estuviéramos agradecidos a nuestras madres, pues nada de todo lo dicho viene bajado del cielo sino que ha sido fruto del trabajo de unas manos que encontraron satisfacción y aun placer en el ejercicio del servicio a los demás.

Pero es que hay más motivos y más cosas y más importantes. Porque en su regazo hemos encontrado a menudo nuestro asiento. Porque, mientras ella mantenía nuestro pequeño cuerpo entre sus brazos, pudimos reclinar nuestra cabeza sobre su pecho. Porque hemos gateado por su cara acariciando con nuestra tierna mano su boca, su nariz o tirando de su oreja o de su cabello. Porque hemos podido abrazarnos y colgarnos de su cuello. Porque hemos besado la mano que nos enseñó a caminar. Porque estuvo junto a nosotros, calmando con caricias nuestra ira provocada por unos dientes que pretendían salir a la luz. Porque nos acompañó en el bautizo, nos engalanó en la primera comunión y lloró el día del matrimonio porque pensó que perdía un hijo. Pero, aunque en verdad no lo perdió, sí sufre teniendo que seguir sólo a distancia los avatares, buenos y malos que de todo hay en la vida, de aquél que un día trajo a este mundo y por cuyo futuro, incluso el más lejano, está inquieta y preocupada, sobre todo cuando ella falte. Porque no está demostrado que las madres no sufran por sus hijos incluso cuando ellas están en el otro mundo.

Es cierto que el padre, en nuestros días, se va involucrando cada vez más en los quehaceres propios de la familia pero no es menos cierto que desde tiempo inmemorial, desde aquel lejanísimo año en el que dicen nació un niño llamado Jesús, ha sido la mujer la que ha llevado casi en exclusiva las riendas de la familia, por lo menos en lo que se refiere a la crianza y educación de los hijos. Lo confirma el propio nombre de

matrimonio (*matris munus*: cargo u oficio de la madre) y la expresión: *lengua materna*. Y lo certifica la historia. El rey Alfonso X, al que por alguna razón lo llaman el Sabio, escribió allá por el año 1260 el libro titulado *Las Siete Partidas* y en él dejó el siguiente testimonio: *“Matris et munium son palabras del latín, de que deriva matrimonio que quier dezir tan en romance, como oficio de madre. E la raçon porque llaman matrimonio al casamiento e non patrimonio, es esta. Porque la madre sufre mayores trabajos con los fijos que el padre. Ca como quier que el padre los engendre, la madre sufre muy grand embargo con ellos, de mientras que los trae; e sufre muy grandes dolores cuando han de nacer; e después que son nascidos ha muy gran trabajo en criar a ellos mismos por si. E demás desto porque los fijos, mientras son pequeños, mayor menester han de la ayuda de la madre que del padre. E por todas estas raçones sobredichas, que cabe a la madre de facer e no al padre, por ende es llamado matrimonio e non patrimonio”*. (Partida IV, Título II, ley 2ª).

Me uno a la felicitación, al regalo y al beso que ya han recibido todas aquellas madres que todavía acompañan a sus hijos en el caminar por este mundo. Y todo lo antes dicho pretendo que sea un homenaje, aunque tardío, a mi madre y a todas las madres que, al decir adios, sólo se sintieron tristes por tener que dejar aquí a quienes más querían, pero a la vez partieron satisfechas por tener bien cumplida la principal misión con la que habían venido a este mundo.
